

UN CURSO DE CONFERENCIAS DE ORTEGA Y GASSET

DON José Ortega y Gasset ha decidido, después de su espectacular salida en el Ateneo madrileño para hablarnos sobre «La idea del Teatro», tras once años de voluntario silencio, ha decidido, decimos, entregarse de lleno a la vida intelectual activa, y como señal de su actitud inauguró el Instituto de Humanidades con una lección, a la que hasta ahora han seguido varias más, acerca de «Una nueva interpretación de la Historia universal».

Registramos aquí el hecho como un acontecimiento interesante dentro de la actualidad intelectual española.

La primera lección de Ortega y Gasset no pasó de su parte preliminar y expositiva. El curso se basa sobre el libro *Un curso de Historia*, de Toynbee, los seis tomos del cual publicados hasta ahora constituyen —dice Fernando Vela— «un océano tipográfico largo y penoso de navegar». Toynbee es un internacionalista, adscrito al servicio británico de información. Tras unos sucintos datos biográficos sobre el helenista e historiador citado, el «verbo del orador avanza

con gozosa parsimonia por el tema propuesto, como quien se detiene contemplando el paisaje que se descorre a su vista, y las fuentes, bosques y montañas que le rodean». Desde 1914 se ha contraído el planeta; todos los pueblos son fronterizos; han triunfado la física y la técnica. Pero como no hay derecha sin izquierda, ni un «arriba» sin un «abajo», no se puede tener conciencia del «aquí» si no hay un «allí». Pero la realidad es que no estamos primero en lo próximo e inmediato; por el contrario, estamos primero en lo lejano, y desde ello venimos a hacernos cargo de lo próximo y sentirnos «aquí». Es la dualidad trágica de la condición humana: que con nuestra conciencia estamos en todas partes, pero nuestro cuerpo nos localiza en un «aquí». El hombre es una extraña criatura que al estar materialmente «aquí» está viniendo de la lontananza, del universo. Nos sentimos separados, desterrados de ello. Estamos «aquí» y desterrados del universo. En este punto el conferenciante hace una digresión sobre la nostalgia—«quejumbre de un allí que que quiere estar aquí», y por eso manantial eterno de poesía—y sobre el amor, que siempre ha comenzado, no con el entusiasmo por la mujer próxima, sino por la imaginación de la mujer distante. Cuando hombres y mujeres se acercan demasiado, el amor se volatiliza y se producen épocas vacías de amor.

El hecho de haberse acercado los pueblos no quiere decir que estén espiritualmente más próximos, sino todo lo contrario. Ya no bastan los correos diplomáticos ni los corresponsales de prensa. En estos treinta años ha surgido el tipo de internacionalista anglosajón, a la manera de Toynbee, que va de pueblo en pueblo y recibe noticias directas que, o proceden de habladurías de gentes irresponsables, o son falsas,

o, lo que es peor, parcialmente falsas. Las naciones, como los hombres, tienen una vida íntima y secreta donde no puede penetrarse. Cada nueva generación tiene que comenzar desde el principio su experiencia de la vida. La experiencia hace que la vida se nos aparezca como aspectos que ejercen, querámoslo o no, su influencia. Uno de estos aspectos es que se presenta en rachas. Llega un momento en el hombre, a los cincuenta años, en que cree que sabe lo que es la vida. No importa que esto sea o no sea verdad; pero en su vida influye el hecho de que crea que sabe lo que es la vida. Esta experiencia individual se amplía a la vida colectiva, y después al proceso histórico...

Esta primera lección se tituló «Exposición y examen de la obra de Toynbee». La segunda, «El fin de una civilización». Expuso el pensamiento de Toynbee, que no aparecerá claro si no se presenta en bloque, porque, generalizando, las cosas son partes o todos; si partes, no se las entiende más que refiriéndolas al todo, mientras que el todo es inteligible sin más que percibir las partes componentes. Una parte reclama para entenderla el todo, que es su contexto, lo mismo que una palabra. Pero se dirá que el árbol, aun tomado hasta su raíz, es ininteligible si se prescinde de la tierra y la atmósfera que lo nutren. ¿Es que el árbol es parte de un todo compuesto por él y su medio? No; porque el árbol necesita de su medio, pero su medio no necesita de él. Tierra y árbol no son partes, sino contorno.

Aludió al plano de las realidades históricas y tomó una de ellas: Inglaterra. ¿Puede hacerse la historia de esa nación como si fuera algo por sí sola y las demás naciones únicamente su contorno? La historia de Inglaterra no puede hacerse exclusivamente desde el punto de vista inglés, porque



Inglaterra no es una realidad enteriza, como no lo es la hoja del árbol, sino fragmento de algo más amplio, que obliga a una visión panorámica: una sociedad que llamamos nación —como Francia, Italia, España, Alemania—, de tipo distinto que la provincia o la tribu, y parte de una sociedad más amplia; por tanto, también de tipo distinto. Esta última es la que necesitamos buscar para situar a Inglaterra en lo que Toynbee llama «campo histórico inteligible». Analizó la cuestión económica, política, cultural y religiosa, y se detuvo viendo las fronteras en el tiempo. En este recorrido retrospectivo hemos llegado—dijo—a un punto en que dejamos de ver la sociedad occidental, y a través del «interregno» penetramos por su etapa final en otra sociedad maravillosa, y hemos visto el modo de concluir una civilización. ¿Es accidental, o es ley de la historia que se constituya un Estado universal y que éste sea inundado desde el subsuelo por un principio religioso del «proletariado interno», mientras irrumpen los bárbaros, los pueblos inferiores en torno? Para contestar necesitamos indagar cada una de las civilizaciones que han existido y ver cómo nacieron (unas procedentes de otras, otras sin procedencia), cuál fué el proceso de su desarrollo, cómo sucumbieron, y luego mirar hacia nuestro porvenir, preguntándonos qué podemos esperar, qué va a pasar. Ved si todo esto no es materia dramática y succulenta.

Ortega y Gasset criticó enérgicamente la doctrina de Toynbee, que es absolutamente concordante con el espíritu actual inglés: inconsistencia en las ideas e impertinencia en su exposición. Este hecho singular plantea la cuestión de dilucidar si Inglaterra ha sido poderosa por sus «buenas maneras» o si éstas fueron el fruto de su grandeza.